

Lectio divina - Profetas de la fraternidad

Invitación a orar la Palabra

"La fraternidad vivida en comunidad es una forma alternativa de vida, una propuesta contra-cultural, por lo tanto es profecía. El individualismo generalizado, la exclusión social, la equiparación cultural, son desafíos para la comunidad salesiana que responde, mostrando que es posible vivir como hermanos, compartiendo la vida y la comunicación en profundidad... Vivir juntos en comunidad, es sobre todo vocación y no elección o conveniencia: estamos llamados por Dios! La fraternidad exige descubrir la gratuidad y la relacionalidad. Los jóvenes que se acercan a la vida consagrada quedan fascinados por el modo de vivir la fraternidad... Las diversidades constituyen una riqueza a reconocer y dar cabida también en las comunidades educativas pastorales, en las que están involucrados a vivir y trabajar juntos diversas vocaciones".

"Confíándonos hermanos para amar, Dios nos llama a vivir en comunidad " (Const. 50): la vida común, es entonces "para nosotros Salesianos, un exigencia fundamental y un camino seguro para realizar nuestra vocación "(Const. 49). Con dos propuestas de lectio G. Zevini nos invita a hacer oración la vida salesiana y así aceptarla con reconocimiento como don de Dios y testimoniarla como "profecía en acción" (VC 85), ya que "toda la fecundidad de la vida religiosa, depende de la calidad de la vida fraterna en común".[1]

El análisis de dos de los tres sumarios relativos a la vida de la comunidad de Jerusalén es, lógicamente, el primer texto para orar. Lucas ha querido afirmar que en el inicio del 'vivir juntos' de los discípulos, que poco antes habían traicionado a su Señor se puede 'tocar' la fuerza - el Espíritu - que ha resucitado a Jesús de entre los muertos.

Una vida fraterna, tejida por las atenciones a las necesidades de los demás y el desapego de los bienes materiales, es la prueba tangible de una nueva vida y hace especialmente eficaz la proclamación del Señor Resucitado.

El Espíritu está el origen de la vida común y de su diversidad. Pablo tuvo que explicar a sus cristianos de Corinto que en su comunidad unidad de vida y multiplicidad de dones provienen de una única fuente, el Espíritu del Señor Jesús. La abundancia de carismas y ministerios sirven a la unidad de la fe y del culto. Pablo da normas para vivir en común los dones del Espíritu, pero no se sorprende de las dificultades surgidas precisamente a causa de estos dones. Tener que lidiar con las crisis en la comunidad, podría abrirnos los ojos ante la presencia del Espíritu en ella!

I. La vida en común de la primera comunidad cristiana (Hch 2,42-44; 4,32-35)

Introducción

La actitud de comunión y de condivisione en la fraternidad, en el momento presente de la reflexión eclesiológica y pastoral que estamos viviendo como Familia Salesiana en preparación al Bicentenario del nacimiento de Don Bosco, y en particular nosotros salesianos, al próximo CG27, merece especial atención. A la luz de la Iglesia "misterio de comunión", y en relación con los acontecimientos eclesiales que la caracterizan con el Año de la fe y el Sínodo de los Obispos sobre la "Nueva Evangelización", el texto de los Hechos de 2,42-45; 4,32-35 aparece en toda su viva actualidad. En realidad, no

existe ninguna comunidad religiosa o grupo eclesial que no esté interesado en meditar acerca del testimonio de la Iglesia Apostólica, que sigue siendo normativo para la vida de la Iglesia de todos los tiempos.

El texto bíblico

42 Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. **43** Y sobrevino un santo temor en todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. **44** Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común **45** vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. .

32 La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. **33** Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y gozaban de gran estima. **34** Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas, las vendían, **35** y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, que luego se distribuía a cada uno según sus necesidades.

Lectio, comentario exegético-espiritual.

Partimos de la estructura de *He* 2,42-45 para luego relacionarlo con *He* 4,32-35. El texto bíblico presenta un modelo de comportamiento para cada comunidad cristiana y de vida consagrada. Es el primero de numerosos resúmenes, donde Lucas presenta un marco, un poco idealizado pero "normativo" de la vida eclesial. El evangelista expone una situación en la están presente los puntos válidos y necesarios para la construcción y la vida espiritual de cada comunidad de fe, es decir, el estatus ontológico de las relaciones de los primeros cristianos: "*eran perseverantes en la enseñanza de los apóstoles, en comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones*"(v.42). Son cuatro, entonces, las perseverancias sobre las que cada comunidad religiosa debe necesariamente confrontarse con el fin de permanecer fieles al Evangelio y a las enseñanzas de Jesús.

1. *Perseverar en la enseñanza de los apóstoles.* Sabemos que el *didaké* es algo diverso del *kerygma*, del primer anuncio: es un trabajo de formación, de profundización, de ilustración de la persona y de la misión del Señor Jesús. Los cristianos de la Iglesia primitiva y escuchaban la predicación y la palabra de los apóstoles y, por tanto, fueron introducidos en el conocimiento del evangelio para llegar como creyentes maduros a una experiencia real del Señor. Una de las preocupaciones que a menudo han acompañado la historia y la vida de la Iglesia, y también la existencia de diversas comunidades religiosas, ha sido la formación y el conocimiento del misterio de Cristo, unido a una vida de testimonio y de fe en relación a la Palabra de Dios
2. *Perseverar en la comunión fraterna.* La comunión (*koinonía*) es la verdadera vida de comunidad entendida como solidaridad en el plano material, como una unión de corazones y de como participación en el patrimonio espiritual común. Lucas está muy atento a la fraternidad en todas sus dimensiones, desde la económica, a alejamiento de los bienes, a poner en común los recursos espirituales personales. Significó también la constatación de que los bienes fueron distribuidos según las necesidades de cada uno" (v.45), un

programa constantemente presente y un camino constructivo en el cual la Iglesia primitiva se ejercitaba constantemente.

3. *Perseverar en la fracción del pan.* Es el sello distintivo de las reuniones culturales de los primeros cristianos, donde se renovaron los gestos de Jesús en la Última Cena. Pero también indica las comidas de Jesús con los pecadores, y luego las de Cristo Resucitado con los discípulos. Estamos ante una clara alusión a la Eucaristía. Esta era vivida en los hogares como un lugar de la vida cristiana, sabiendo que la más pobre de la Eucaristía, celebrada con verdad, y bien preparada, era esencial para la vida de los primeros creyentes. La verdadera comunión fraterna era celebrar bien la Eucaristía, conscientes de vivir alrededor de la mesa del Señor la vida cristiana en total plenitud.
4. *Perseverar en las oraciones.* El término se usa en plural, porque las formas de oración eran diferentes. Se rezaba en el templo, durante las comidas o en la intimidad de sus hogares. Aquí, Lucas añade el elemento de "perseverancia" (v. 42), porque es uno de los rasgos típicos de la oración, que debe hacerse "sin jamás cansarse" (1Ts 5,17). Para comprender esta actitud de relación con Dios, debemos colocarlo en el ámbito espiritual tradicional de la comunidad primitiva, que de diversos modos, perseguía ese ideal: rezaba siempre, "en toda ocasión" (Ef6:18) "en todas partes" y "elevando al cielo manos puras" (1Tim 2,8). Por supuesto, la oración se relacionaba con la caridad, tanto que Orígenes pudo decir: "Reza siempre aquel que une la oración a las obras que debe hacer, y las obras a la oración. Sólo entonces podemos considerar viable el precepto de orar sin cesar"[2]. Se encuentra en estas pocas líneas de los Hechos de los Apóstoles, un clima de alegría, de frescura de los comienzos, que gana el corazón de quienes asisten a esta "reconstrucción" de una nueva humanidad. Clima, que siempre ha encantado a cristianos de todas las generaciones sucesivas.

Pero el centro del texto bíblico está expresado con estas palabras: "No había ninguno entre ellos que fuera persona necesitada" (v. 34), porque la comunidad "tenía un solo corazón y una sola alma" (v.32), realidad que la tradición bíblica y la cultura profana siempre habían soñado. De hecho, la comunidad escatológica, aquella de los últimos tiempos, será reconocida por el hecho de que "no habrá pobres entre vosotros" (Dt 15,4) y los griegos soñaban con tener "todas las cosas en común." Cualquier comunidad que quiere ser evangélica, vive en el corazón el desapego de los bienes materiales, premisa indispensable para la armonía de la mente y alcanzar así las metas de la vida espiritual. La comunidad de Jerusalén es la realización de aquella definitiva, la más completa. En aquellas intermedias, las nuestras, se realiza la predicción de Jesús: "los pobres los tendréis siempre con vosotros" (Mc 14,7). Por último, el texto añade: "con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús". Es una expresión que no parece homogénea con el resto del contexto. Pero muchos comentaristas han tomado debida nota que Lucas quiere afirmar que la fuerza del testimonio de la resurrección del Señor viene justamente de la vida fraterna. La atención a las necesidades de los demás y el desapego de los bienes materiales son elementos básicos para construir una comunidad fraterna, y, al mismo tiempo, lo que hace particularmente eficaz la proclamación de la Palabra en el Señor Resucitado.

Meditatio, aplicado a la vida salesiana.

La historia del primer Pentecostés del Espíritu y el entusiasmo de la primera conversión en masa, terminó de manera inesperada: diversas personas comenzaron a vivir un estilo

de vida fraterna. Llega el espíritu y el sueño imposible de fraternidad es posible: sentirse y vivir como hermanos. De todos los milagros, prodigios y señales, este es el más impresionante: personas que no se conocen, se entienden y hablan el mismo idioma del amor, poniendo en común sus propios bienes. Algo grande se ha iniciado en el mundo: el amor a los demás se vuelve más fuerte que el amor a sí mismo. La fraternidad, milagro de Pentecostés, revela el verdadero rostro de la Iglesia y se convierte en el motor de la expansión del evangelio: libres y esclavos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, todos se reunieron alrededor de la misma mesa de convivencia y de eucaristía, para experimentar la nueva realidad profética de los hijos de Dios, en Cristo, en el poder del Espíritu.

Cultivar la fraternidad es el primero y más seguro aporte a la misión salesiana en la Iglesia, dado que el fruto más seguro del Espíritu, es la construcción de una comunidad fraterna. Un artículo de las primitivas Constituciones escritas por Don Bosco decía: "Todos los congregados tengan vida en común unidos sólo por la caridad fraterna y votos simples que los induzcan a formar un corazón y una sola alma para amar y servir a Dios".[3] La forma de vivir la comunidad que nace de los Apóstoles, ha sido siempre visto como un punto de referencia de las Órdenes Religiosas y los Institutos y de nosotros Salesianos. También hoy en día este alto ideal es atrayente, aunque existen los escépticos en cuanto a la posibilidad de vivir esta hermandad. Sin embargo, la comunidad cristiana es la primera señal para proponer hacia la evangelización del mundo y de los jóvenes. No sólo es un signo de reconocimiento de que somos discípulos del Señor Jesús (*Jn 13,35*), sino también es una señal de que el Señor Jesús es enviado por el Padre (*Jn 17,21*), y no uno de los profetas, sino el Profeta, el Hijo.

La comunidad salesiana se fundamenta en Dios, que es el modelo: "Dios nos llama a vivir en comunidad, encomendándonos a amar a los hermanos" (*Cost. 49c*). La vida común en fraternidad, que en la óptica salesiana, tiene como fin el amor y el servicio de Dios, se realiza en la misión a los necesitados, especialmente a los jóvenes pobres y marginados por la sociedad. Esta vida requiere afecto fraterno, intercambio y unión espiritual, como se menciona en nuestra Regla de vida: "Nos reunimos en comunidad, en la que nos amamos hasta compartir todo en el espíritu de familia y construimos la comunión de las personas"(*Cost 49b*). Tener un solo corazón significa para nosotros salesianos tener una sola voluntad y los mismos objetivos. Don Bosco, le decía a un clérigo salesiano: "Tu puedes y debes estudiar la forma de inflamar con el santo amor de Dios, a todos los hermanos de nuestra Sociedad, y no detenerte hasta que entre todos se habrá hecho un solo corazón y una sola alma, para amar y servir al Señor con todas nuestras fuerzas a lo largo de nuestras vidas. Seguramente que tu darás al ejemplo *verbo et opere*".[4]

Cuanto más avanza el individualismo, tanto más la comunidad en sus diversas formas de realización, no puede presentarse como una hermandad. Fraternidad que se construirá con el empeño personal y con el anuncio gozoso del Evangelio, hecho con el testimonio y la vida. El único modelo eclesial, que viene del texto bíblico es el modelo de la fraternidad: modelo no solamente teológico, sino modelo comunitario de realizar, como condición previa, para cualquier otro proyecto. Sólo la belleza de una comunidad fraterna, volverá a dar impulso e incisividad a la misión salesiana. Y si esto es cierto, ese modelo no puede ser descartado como utópico o poético o demasiado vago, como a veces se oye decir. Sería el triunfo de una eclesiología materialista que, en nombre del realismo, no puede ver el misterio de la fraternidad, la gran novedad cristiana de nuestra sociedad.

Oración, para personalizar

Señor, el texto de Pentecostés nos recuerda en primer lugar que sólo el Espíritu Santo es el fundamento de la unidad y la armonía de la comunidad salesiana, es el criterio de comunión en la vida personal y comunitaria. Somos conscientes que el continúa la obra de Jesús en la historia, inspirando la hermenéutica existencial de la vida cristiana: exige la comunidad eclesial, la religiosa, la existencia de cada salesiano, en una tarea continua de reforma. Esta consiste en la fidelidad creativa y responsable al Espíritu de Cristo y de Don Bosco, que nos vivifica.

Sólo así la comunidad salesiana puede convertirse en el espacio de vida, cuando el Espíritu llega a liberar las energías de inteligencia, de caridad, de libertad y de creatividad de cada uno y a desparramarlas en la comunidad y en la vida con todos los demás. Entonces la comunidad salesiana expresa su vocación profética: ser signo de esperanza, capaz de abrir horizontes y condiciones de vida para los jóvenes, indicar caminos de comunicación con las diferencias culturales y religiosas. El redescubrimiento de la centralidad de la Palabra de Dios y del rostro del otro, especialmente el pobre, el diferente, el no creyente, el perteneciente a otra religión, recuerda a todo salesiano su vocación para la escucha del mundo y del rostro de los jóvenes, en que el Espíritu Santo se personaliza y es contemplable en los frutos que produce, que son los frutos de santidad (*Gal 5,22*).

II. Vida en Común, y variedad de dones del Espíritu (1 Cor 12, 3-13)

Introducción

Nos introducen a la *lectio divina* las palabras de H. Urs von Balthasar: "El movimiento del amor entre el cielo y la tierra está guiado por el Espíritu Santo, y él da, por lo tanto, cumplimiento a la relación, proveniente de Cristo, con la Esposa Sión-María-Ekklesia. El cristiano vive en el centro de este evento, que quiere convertirse en una realidad en él y a través de él, a través de su dedicación amorosa al amor. Su existencia debe ser siempre traducción creativa, futuro de Dios perennemente en el Espíritu Santo".[5] Y también las palabras de nuestra tradición salesiana que definen el espíritu salesiano "nuestro propio estilo de pensamiento y sentimiento, de vida y acción, en poner en práctica la vocación específica y la misión que el Espíritu no deja de darnos. O, más específicamente, el espíritu salesiano es la combinación de aspectos y valores del mundo humano y del misterio cristiano (Evangelio sobre todo, Iglesia, Reino de Dios ...) a los cuales los hijos de Don Bosco, aceptando la inspiración del Espíritu Santo y en virtud de su misión, son particularmente sensibles, tanto en su interior, como en el comportamiento exterior" (ACG n. 86).

El texto bíblico

3 Hermanos, ninguno puede decir "Jesús es el Señor", sino por la acción del Espíritu Santo. **4** Hay diversidad de carismas, pero uno solo es el Espíritu. **5** Hay diferentes ministerios, pero sólo uno es el Señor, **6** hay diferentes actividades, pero un solo Dios que obra todo en todos. **7** A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común: **8** a uno, a través del Espíritu Santo, se le da el lenguaje de la sabiduría, a otro en cambio, el lenguaje del conocimiento por el mismo Espíritu; **9** a uno, en el mismo Espíritu, la fe; a otro, en el único Espíritu, el don de las curaciones; **10** a uno el poder de milagros; a otro el don de la profecía; a otro el don de discernimiento de espíritus; a otro la variedad de lenguajes; a otro, la interpretación de lenguas. **11** Pero todas estas cosas son obra del único y mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere. **12** Porque como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, así también Cristo. **13** Porque todos fuimos bautizados por un solo Espíritu en un cuerpo, Judíos o griegos, esclavos o libres, y a todos se nos dio de beber del mismo Espíritu.

Lectio, comentario exegético - espiritual

La experiencia de la fraternidad, vivida en comunidad y aquella del Espíritu son una constante en el Nuevo Testamento, pero las formas de estas experiencias son muy variadas. Ellas están en el origen de la Iglesia, y la Palabra de Dios muestra claramente como la presencia del Espíritu Santo actúa en la vida de la comunidad religiosa y le da una nota de unidad y de misionariedad.

El lenguaje del Espíritu es la Palabra de Dios que desciende hacia el hombre y que lleva a la comunidad de fe, no a imponer su propio lenguaje, sino a entrar en el lenguaje de los otros hombres para "decir Dios", y proclamar el evangelio de acuerdo a las posibilidades y formas de entender del otro. Esto significa que San Pablo en su misión ha visto en los destinatarios del anuncio no un simple receptor pasivo, sino un sujeto teológico cuya cultura determina la forma y manera de la misma misión. Obviamente, esto tiene importantes implicaciones a nivel de vida comunitaria y de relaciones interpersonales: amar al otro significa escucharlo, asumirlo con toda su diversidad, en

su alteridad, entrar en su sensibilidad para poder comunicarse con él, no con violencia, es decir imponiéndose a él, sino con la caridad y la verdad, es decir abriéndonos positivamente a sus diversidades. Esta acción, para Pablo es una acción neumática, que proviene como obra del Espíritu, el Espíritu de Dios que viene de lo alto, viene de Dios.

De este mismo Espíritu que San Pablo dice que se opone a la "carne" (cf. Gál 5,16-17), es decir a la tendencia egoísta del hombre, al propio encerramiento en sí, a la negativa del encuentro y de la comunión con el otro.

Las primeras comunidades cristianas, realmente experimentaron con alegría y vivacidad la presencia del Espíritu y reconocieron la variedad y riqueza de sus manifestaciones y dones. Pero también se dieron cuenta que las manifestaciones del Espíritu, no están libres de ambigüedad. Por lo tanto la seguridad de presencia del Espíritu en la comunidad no cierra la discusión dentro de la comunidad, pero abre uno nuevo e importante: los instrumentos necesarios para asegurar a los diversos dones presentes en la comunidad la fidelidad a la tradición y la capacidad de edificación en común.

Esta fue la experiencia de la comunidad de Corinto. La comunidad estaba llena de carismas y ministerios, pero también de tensiones y contrastes. En declaraciones, Pablo afirma, en primer lugar, que la variedad de los dones viene del Espíritu, que es rico y no puede manifestarse de una única manera. La uniformidad nunca es signo del Espíritu.

Para que la variedad de dones sea señal de su presencia y de su acción, se requieren tres condiciones.

La primera condición es la *fe* que encuentra su centro en la afirmación: "*Jesús es el Señor*" (v. 3). Quién afirma que Jesús es el Señor, procede del Espíritu; quien afirma lo contrario, no puede venir del Espíritu. Sin embargo, qué significa proclamar que "Jesús Señor"? En primer lugar, que Jesús de Nazaret, el Crucificado ha resucitado; que está presente y actúa desde las primeras horas en la comunidad; que su camino, el de la Cruz, es el camino que será recorrido también por el discípulo.

La segunda es que la variedad de dones encuentra su convergencia en la *edificación común*. Detrás de la gran variedad de dones da cada uno, está la caridad, el carisma mejor y común. Sólo con esta condición se puede hablar de presencia del Espíritu.

Hay un tercer criterio para discernir el espíritu: el carisma se concibe como función, como un *servicio*, no como dignidad. El carisma no fundamenta una dignidad, una grandeza para prevalecer, sino una tarea, un servicio para los demás. Esta es la afirmación central, revolucionaria, que Pablo desarrolla a través de la alegoría del cuerpo y los miembros. Un carisma que fuese concebido como dignidad, como algo para sí, a ser utilizado en beneficio propio, dejaría de ser el carisma que viene del Espíritu Santo. El espíritu está allí - y sólo allí - donde el don se convierte en servicio y apertura hacia los hermanos.

Meditatio, aplicado a la vida salesiana

La Iglesia es una comunidad-comunión rica de varios carismas. Don Bosco, fundador, en su época, ignoraba y no hablaba de los carismas, de los cuales sin embargo, no estaba libre. El imploró a Dios y a la Auxiliadora gracias especiales, que en realidad eran carismas. Basta pensar en el don de la palabra que lo pidió y obtuvo el día de su ordenación sacerdotal. A esto Don Ceria recuerda una frase muy significativa: "*la gracia de las curaciones, el discernimiento de los espíritus, el espíritu de profecía* son carismas que abundaron en la vida de nuestro santo, y ni nos cansaremos de recordar los hechos, cada vez que podamos confirmarlos".^[6] Con San Pablo nosotros llamamos carisma los dones de la naturaleza y de la gracia que están en el servicio de la Iglesia y para la edificación de la comunión fraterna. Nosotros salesianos, como a cualquier

institución religiosa, "se le exige la fidelidad al carisma fundacional y el consiguiente patrimonio espiritual".[7]

Hablando del carisma de Don Bosco fundador, Don E. Viganò lo reconoció en la experiencia de los comienzos, el "nuevo regalo de Valdocco", enriquecido con elementos comunes de la santidad cristiana y celo apostólico, generador de posteridad espiritual. Estos son elementos esenciales del patrimonio salesiano: una selección original de alianza y unión con el Espíritu de Dios; una colaboración activa y afectiva a la misión de la Iglesia con un determinado estilo de vida espiritual; una forma típica de vida evangélica con estilo de relaciones familiares que saben cómo llevar los jóvenes a Cristo. "Don Bosco estuvo inspirado por el Señor, en querer una forma particular de vida evangélica, dúctil y adaptada a los tiempos, ágil y disponible para la misión entre los jóvenes, de armonioso equilibrio entre autenticidad religiosa y ciudadanía social, entre fidelidad al seguimiento de Cristo y ductilidad a los signos de los tiempos".[8]

"El Espíritu y la Palabra de Dios, aparecen por lo tanto, como elementos que presiden la armonía de la comunidad fraterna en su interior y en el mundo. Especialmente entre los jóvenes la comunidad salesiana está colocada como testigo de Cristo, y llamada a proclamar el Evangelio y la obra de Dios en la actualidad. Dentro de la comunidad se encuentra una dialéctica fecunda entre unidad y diversidad: único es el Espíritu, pero se personaliza en cada uno. Pablo afirma que la unicidad del Espíritu está acompañada por la diversidad de manifestaciones, de carismas (cf. *1 Cor 12, 4-11*). Y todo esto está en continuidad con el testimonio de Cristo, cuya presencia y cuyas palabras han provocado reacciones tanto de acogida como reacciones de rechazo.

El espíritu salesiano rechaza la monotonía de las cosas prefabricadas y estandarizadas; da a cada uno vocaciones y dones diferentes, según la personalidad de cada uno. Estas variedades pueden llevar a un peligro también entre nosotros Salesianos, hoy como en los tiempos de San Pablo, es decir catalogarse, de oponerse el uno al otro, enfrentarse en vez de comparar. El Espíritu exige una unidad, conservando cada uno su propia personalidad. Dones y carismas personales son siempre para beneficio del bien de la comunidad, y son estas condiciones que regulan tales carismas para vivir la fe en Cristo Jesús, produce frutos del espíritu, como la caridad, la paz, la alegría (*Gal 5,22*), practicando la regla de oro de la edificación común (*1 Cor 14,26*), hecha de unión con Dios y comunión fraterna. Todo esto vale para el don de la "profecía", que consiste en hablar en nombre de Dios, el cual suscita en el corazón del creyente palabras proféticas destinadas a promover el crecimiento y la reforma de la comunidad religiosa.

El carisma de Don Bosco es una experiencia del Espíritu, transmitida a sus discípulos para ser vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en línea con el Cuerpo de Cristo, en continuo crecimiento... con un carácter propio que implica un estilo particular de santificación y de apostolado".[9] Para nosotros salesianos hoy, la vida común en fraternidad tiene una convencida adhesión y plena valorización, conscientes que vivir este aspecto significa crecer en nuestro carisma.

Oratio, para personalizar.

"El Espíritu Santo es el don que está en el corazón del hombre junto con la oración. En esta se manifiesta ante todo como un regalo "que nos ayuda en nuestra debilidad". Es el magnífico pensamiento desarrollado por San Pablo, en Romanos (8:26) cuando escribe: "Nosotros ni siquiera sabemos que cosa sea conveniente pedir, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con insistencia, con gemidos inefables". Por lo tanto, el Espíritu

Santo no sólo nos permite orar, sino que nos guía desde "adentro" en la oración, supliendo nuestra incapacidad, ayudando nuestra incapacidad de rezar: el que está presente en nuestras oraciones y le da una dimensión divina. Así, "el que escruta los corazones conoce cuál es la intención del Espíritu, porque intercede por los creyentes conforme a los designios de Dios" (Rom 8:27). La oración por obra del Espíritu Santo se convierte en la expresión cada vez más madura del hombre nuevo, lo que significa que comparte la vida divina.

"Nuestra difícil época tiene una especial necesidad de oración. Si en el curso de la historia – ayer como ahora - muchos hombres y mujeres han dado testimonio de la importancia de la oración, consagrándose a la alabanza de Dios y la vida de oración, sobre todo en los monasterios con grande ventaja para la Iglesia, en los últimos años han ido en aumento el número de personas que, en movimientos y grupos cada vez más extendidos, dan la primacía a la oración y la búsqueda de la renovación de la vida espiritual. Este es un síntoma importante y reconfortante, ya que de esta experiencia confluye una verdadera contribución a la reactivación de la oración entre los fieles, que han sido ayudados a considerar mejor el Espíritu Santo como el que suscita en los corazones un profundo anhelo de santidad".^[10]

Giorgio Zevini SDB

[1]1 Traccia di riflessione e lavoro sul tema del CG27, ACG 413 (2012) 65.
 2 Juan Pablo II, *Discurso a la Plenaria* de la CIVCSVA (20/11/1992), en *OR*, 21/11/1992, n° 3.

[2] *De oratione*. 12, PG 11,452.

[3] *Constituzioni primitive*, ms. in ACS 022 (1), c.I, *Forma*, art. 1.

[4] *Epistolario. Introduzione, testi critici e note*. Editado por F. Motto, Roma, LAS, 1999, II 174

[5] *Spiritus Creator*. Saggi teologici III, Morcelliana, Brescia 1972, 328.

[6] 572 MB XIII.

[7] VC 36b.

[8] E. Viganò, *Carta a los salesianos*, 14 de mayo de 1981, en "Cartas Circulares ", 309-310.

[9] E. Viganò, *Carta a los salesianos*, 8 de febrero de 1995, en "Cartas Circulares", 1557.

[10] Juan Pablo II, *Dominum et vivificantem*, 18 de mayo de 1988, n. 65.